



ROBERT PERIŠIĆ  
EL ÚLTIMO ARTEFACTO  
SOCIALISTA

*Traducción del croata de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek*

IMPEDIMENTA

La voz de la mujer se oía entrecortada.  
—Cómo... nues... relación... no sé... he ...nsado... de  
quién...

Las palabras emergían, luchaban por tomar aire, como una persona a punto de ahogarse entre las olas.

—Parece que entramos en una zona sin cobertura —dijo.

—...reces y desapa...

Miró el móvil. La raya más pequeña parpadeó y luego se desvaneció.

El todoterreno japonés tenía buenos amortiguadores, lo que le permitió echar una ojeada al periódico que había comprado a primera hora de la mañana en el quiosco de la frontera.

De vez en cuando le gustaba echar un vistazo a los periódicos de los países en transición. Había algo mágico en ellos, real e irreal. Memoria débil, razonamiento confuso, vestigios de una política muerta. Algo como los lugares señalados con flores de plástico o cruces en los arcones de las carreteras provinciales.

Aquí y allá aparecía una casita humilde sin tejado, recubierta de la maleza que proliferaba desde la última guerra. En los muros

calcinados todavía estaban las firmas de los devastadores, los símbolos, los nombres de las unidades, simplemente para presumir.

Pobrería que hacía saltar por los aires a otra pobrería. Pobrería que se vengaba de otra pobrería y pobrería que se volvía todavía más pobre.

Pobrería en espiral, pensó. Quizá incluso yo he contribuido a ella.

Pero ¿existía la palabra *pobrería*, o se la había inventado? No lograba recordarlo; llevaba su idioma por el mundo y hacía lo que quería con él.

Ante ellos se extendió de nuevo el valle excavado por la erosión, flanqueado por picos puntiagudos, y una pequeña ciudad encajonada, un municipio que habrían cruzado enseguida si no hubieran ido a paso de tortuga detrás de un autobús que echaba un humo grasiento y, al parecer, llevaba escolares a la ciudad.

En los asientos traseros del autobús un grupo de adolescentes jugaban al viejo juego: un orejudo miraba su todoterreno a través del cristal mugriento, alguien le daba un sopapo en la oreja, todos alzaban la mano y él tenía que acertar quién se lo había dado.

Una vez más, fracasó.

El orejudo miraba desconcertado las lunas tintadas y la matrícula extranjera mientras esperaba el siguiente golpe.

Oleg observaba desde el coche esos ojos aturdidos: los ojos de este pueblo, pensaba.

—Este autobús probablemente gime así desde los años ochenta.

—Igual que todo lo demás.

Mira por dónde, el orejudo por fin había acertado y ahora le tocaba dar sopapos a él.

Cambiaron de sitio, lo sustituyó uno lleno de granos.

El orejudo golpeó al granujiento —no, hombre, no, un poco más de paciencia— y enseguida lo pillaron.

—Te falta estrategia, colega —dijo, y Nikola lo miró—. No era a ti.

De nuevo le tocaba al orejudo recibir los pescozones. La frustración acumulada se le notaba en la cara y a Oleg le entraron ganas de señalarle de algún modo cuál de las manos le había dado, mejor

no, pensó; de todos modos, no lo vería... Sin embargo, el chico, como si acabara de reparar en la matrícula extranjera, les sacaba la lengua mientras recibía golpes en las orejas, lo que resultaba hasta peligroso, ya que podía arrancarse de un mordisco este órgano de comunicación.

—Venga, adelanta al autobús, por favor.

—Línea continua. Y límite de velocidad.

El orejudo les señaló a sus compañeros el coche y la matrícula, y todos juntos les hicieron una suerte de saludo nacional suyo. Oleg podía imaginarse lo que gritaban mientras les hacían jeribeques.

—El orejudo ha identificado al enemigo exterior.

—¿Cómo?

—¡Venga, adelántalos, a la mierda los límites!

\* \* \*

Siguieron adelante posponiendo la parada hasta llegar a un bar de carretera en la planta baja de una solitaria casa de dos pisos; en el letrero ponía STRADA.

Se sentaron dentro.

*But I shot a man in Reno just to watch him die...*

—Oye... Aquí alguien escucha a Johnny Cash.

—Pues parece que no hay nadie.

De alguna parte de detrás de la barra surgió por fin una muchacha flaca de pasos largos, con un cigarrillo en la boca.

—Hola, valientes, que Dios os guarde, alabado sea Jesús, *salam aleikum...* ¿Qué tomáis?

Ella se inclinó entre los dos, ajena al escote que enseñaba, y pasó un paño por la mesa. Mientras lo hacía, la larguísima ceniza del cigarrillo que sujetaba entre los labios cayó en la superficie que acababa de limpiar.

Se quitó el pitillo de la boca por un instante, se agachó un poquito y sopló la ceniza.

—¡Aaasííí!

Al llevarles la bebida, dijo:

—¿Y adónde vais?

Oleg contestó que iban a la pequeña ciudad de N.

—Ah, ¿y qué vais hacer allí?

—*Business*.

—¡No me digas!, ¡esta sí que es buena!

—¿No me crees?

—Si es que en esa ciudad no hay nada. Soy de allí.

—¿Quieres volver a casa con nosotros?

—¿No ves que aquí tengo trabajo? —dijo dirigiéndose hacia la barra.

Él hizo como si echara un vistazo por el bar.

—Pues, la verdad, no veo mucho... ¿Cómo te llamas? Yo soy Oleg y él es Nikola.

—Yo soy Lipša, o sea, Bella. La más bella.

—¿Más bella que quién?

—Es mi nombre. ¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, nada. Podrías darnos el número de alguna amiga allí. Necesitamos un guía.

Ella exhaló una bocanada de humo y lo miró de pies a cabeza.

—¿Quieres decir una *escort*?

—No, nosotros somos muchachos decentes —dijo Oleg—. Traemos capital extranjero.

—Entonces te voy a dar mi número. Cuando te pierdas en aquella gran urbe, llámame y yo te explico dónde estás.

Querían llegar a N. antes de que se hiciera de noche, así que apuraron las bebidas.

Ella fue hasta la caja, que era de esas a las que había que darles un golpe en el lateral.

—Tres cincuenta.

Oleg le dio un billete de veinte y se giró para irse.

—Quédate con el cambio.  
Con la vuelta en la mano, ella gritó tras él:  
—Pero, tío, es demasiada pasta.

Mientras Nikola arrancaba el coche, la chica los observaba desde la puerta con el cigarrillo entre los dientes, los brazos cruzados y las botas negras hasta la rodilla, debajo del rótulo de neón apagado, STRADA.

Unos metros más allá había un coche largo, tal vez un Volvo, cubierto de nieve y con uno de los neumáticos delanteros desinflado.

A través de los árboles sin hojas se vio un relámpago silencioso y nubes de color ceniza que se acercaban flotando desde el oeste.

—Una mujer maravillosa —dijo Oleg cuando se pusieron en marcha.

Nikola suspiró, como si estuviera pensando algo que no le apetecía explicar. Luego, a pesar de todo, replicó:

—Eso no es una mujer.

—¿Y qué si no?

—«Mujer» es un concepto serio.

Oleg estalló en risas. Se reía de todo corazón. Luego dijo:

—¡Eso es, así me gustas!

—¿Cómo?

—Desde que amaneció estabas sombrío. Con lo divertido que tú eres.

—Lo decía en serio.

—Lo sé.

Vaya mierda de conversación, pensó Nikola.

—Eres el mayor romántico que conozco.

Nikola quiso responder que no era ningún romántico. ¿Qué había de romántico en su vida? Y en realidad, ¿qué significaba ser un romántico?

¿Qué quería decir Oleg con eso? ¿Que era tonto, ñoño, o qué? Tal vez fuera realmente un romántico, pero de eso no se podía hablar con Oleg. No obstante, dijo:

—¿Qué hay de romántico en mi vida?

—Ni idea —dijo Oleg—, no he dicho que el romanticismo se pueda concretar.

—Ajá.

\* \* \*

—Una vez, en Siberia, cerca de Tobolsk...

—¿Cerca de qué?

—Cerca de Tobolsk, quiero decir, allí nada está cerca, pero Tobolsk es lo más cercano...

—Gracias, me has sido de gran ayuda.

—¿No conoces Tobolsk? Donde Juraj Krizanić publicó su gramática. Fíjate, en 1665.

—¡Como para saberlo!

—Yo he estado en Tobolsk y lo sé.

—¿Y cómo hemos llegado a este tema?

—No sé, estamos viajando a tomar por culo y eso me trajo a la memoria...

—¿Qué?

—Pues... lo que había empezado a decir cuando me interrumpiste, que allí cerca de Tobolsk, en aquella ciudad, en unos andurriales todavía peores que este, va un tipo y me dice, no te lo pierdas, que por un millón de dólares me podría conseguir una bomba.

—¿Qué tipo de bomba?

—Atómica.

Tropezaron con un bache bastante grande en el camino y dieron una ligera sacudida. Bordeaban el cauce del río, sobre el que se abría un precipicio. Caía una aguanieve etérea.

—¿Por un millón solo? —preguntó Nikola sujetando con fuerza el volante.

—Lo mismo le pregunté yo al tipo: «¿Por un millón solo?». —Exhaló el humo mirando abajo, a la orilla del río, a lo largo de la cual, como una suerte de muérdago, había innumerables bolsas de plástico enganchadas en los matorrales. Había esperado ver aquí una naturaleza intacta, y por eso contemplaba fijamente el panorama—. ¿Y sabes qué me dijo el tipo? —continuó, e hizo una pausa dramática.

—¿Qué?

—¡Ojo!, yo le digo: «¿Por un millón solo?». ¿Y sabes qué dice él?

—¡Dilo ya, ¿qué?!

—Me dice: «Sí. Es una bomba pequeña».

Oleg apagó el cigarrillo y encendió otro.

Al cabo de un rato Nikola preguntó:

—¿Crees que iba en serio?

—Joder, yo qué sé, no me paré a comprobarlo... Rusia era un puro caos... —Se quedó un poco pensativo—. O iba en serio o era una patraña. —Se rio.

—No me jodas, no le veo ninguna gracia.

—¿Qué quieres que te diga? No indagué más. Esa es mi gran aportación a la humanidad.

—Ya veo. Menudo héroe estás hecho.

—Oye, ¿te imaginas dónde habríamos ido a parar si les hubiera traído a estos genios de aquí una «bomba pequeña»?

Se rio de nuevo.

Al diablo con este sentido del humor suyo, pensó Nikola. Estaban pasando por un profundo desfiladero y solo las bolsas blancas en los matorrales relucían todavía al lado del río oscuro.

Entonces la carretera se dividió y empezaron a subir una larga pendiente.

Oleg se sumió en sus pensamientos, en aquella extraña noche en el hotel cerca de Tobolsk, donde acabó con una morena guapísima, que parecía una india americana y hablaba ruso y que había aparecido de repente a su lado en la barra de la sórdida disco. No sabía si era puta o no, él no la había encargado; sin embargo, eso no significaba que no lo hubieran hecho otros, porque los tipos con los que trataba tenían sus formas de hospitalidad, a veces singulares. Le contó disparates, dijo que era capitán de barco —el mar estaba muy lejos y, encima, congelado—, dijo que era de Krems, en Austria, aunque esa ciudad también se hallaba muy lejos del mar, pero a ella nada de aquello la molestó: o era una prostituta que le habían colocado, o él le resultaba divertido, o le creía, se dijo. Lo miraba como si estuviera loquita por él, tal vez incluso con la mirada de un enamoramiento



ingenuo, que hasta podría haber sido real, ya que ardía en deseos de marcharse de aquel mundo a otro mundo que él representaba y que ella contemplaba con ojos amorosos. Oleg pensaba en ello mientras tomaba un vodka tras otro y le hablaba de los mares por los que había navegado, las velas de los barcos y una aventura que había vivido en una isla tropical, aprovechando para insertar el argumento de la película *Motín a bordo*, que se había inspirado en un acontecimiento real, aunque él se basaba exclusivamente en la película, y le daba detalles de las indígenas de aquella isla, que eran tan guapas como ella, y fue entonces cuando se desvió de la trama y empezó a hablarle de las ventajas de aquella cultura que, según dijo, no condenaba el amor libre, pues se trataba de un mundo muy distinto, un mundo que él había conocido y del que ahora formaba parte, y se preguntaba a la vez si ella le creía o solo estaba fingiendo, pero, con el paso de las horas, después de todos aquellos vodkas, ya casi no le importaba, así que acabaron en aquel hotel y follaron maravillosamente a pesar de que él no llevaba encima preservativos, no se pudo resistir. Además, había dado por hecho (aún no estaba del todo convencido de que no fuera puta) que ella tendría condones, pero tampoco tenía. Continuaron bebiendo del minibar y ella, según lo recordaba, dijo que era de origen mansi, o algo así, una etnia de allá arriba, por lo que él también le reveló su verdadera identidad; al oírlo, ella se sobresaltó y le dijo que tenía un hijo con un compatriota suyo, y luego pronunció la palabra «Mantier», y él pensó primero que era el nombre, o tal vez el apellido, de su antiguo novio. «Mantier, Mantier», repetía ella como si tuviera que entenderlo, y al final comprendió que se trataba de Monter, una empresa que tenía una sede por allí. No fastidies, solo conocía el nombre de la empresa... Probablemente le tomaba el pelo. Probablemente era una prostituta que se inventaba historias tontas igual que él se inventaba historias para ella. ¿O tal vez era una puta muy romántica, que olvidaba su condición de puta e, igual que había hecho con él, se había follado a un compatriota suyo que tenía un nombre complicado para su oído y solo había memorizado el nombre de la empresa? O era tan estúpida que lo suyo ni siquiera podía considerarse estupidez, sino un concepto distinto de la vida,

como en la película de la que él le había hablado; de hecho, empezó a sentirse un poco como uno de los marineros del film, un papel opuesto al que desempeñaba en la vida real, y esa sensación le gustó tanto que podría haberse enamorado de ella, y —de hecho— le hizo el amor otra vez, como un hombre perdidamente enamorado. Pero, demonios, qué se suponía que debía hacer con esa pasión por una prostituta, o una prostituta romántica, o un ser de otro mundo que tenía un hijo con un Mantier, en una ciudad donde le habían ofrecido una bomba atómica, y donde tal vez por eso se había emborrachado tanto que no sabía quién era ella y quién la había enviado para que se acostara con él, y si la había mandado alguien, o quizá estaba loca, porque en un momento, cuando ya estaban muy borrachos —se habían bebido todo el minibar—, ella lo abrazaba y lloraba, diciéndole que era el amor de su vida y que sabía que se marcharía, que la abandonaría, y que no era justo y que se lo pensara una vez más, que reflexionara un poco y entonces vería, vería lo que era correcto, pero él estaba ya tan ebrio que no podía pensar, solo sonreía y asentía, probablemente lloraba también él, sí, sí, probablemente, y encima llevaba toda la noche con la «bomba pequeña» en la cabeza, aquella «bomba pequeña» que por fin decidió no mencionarle a nadie, a pesar de que le habían dicho que tenía que relatarlo todo, transmitir siempre cualquier oferta, y se lo habían dicho en un tono muy serio, so pena de sufrir severas consecuencias. Nikola no tiene ni idea cuando dice «menudo héroe estás hecho»; sin embargo, no tiene sentido explicárselo, y tampoco contarle que a la mañana siguiente, mientras ella dormía, había recogido sus cosas y desaparecido, dejándole algo de dinero, mucho si resultaba que era una puta, y no tanto si al final no lo era, incluso si era una puta loca que había olvidado que era puta, pero él no sabía nada, y le daba miedo comprobarlo sobrio, igual que le daba miedo comprobar lo de la bomba pequeña, de modo que pagó la habitación y, viendo que el recepcionista enseguida descolgaba el teléfono, se precipitó hacia un taxi delante del hotel y le dijo que lo llevara a toda velocidad hasta Tobolsk, presa de un pánico tal vez sobredimensionado, y sin tener claro de qué huía, pero huía.